



REVISTA LITERARIA

(ENERO, 1890)

LA CRÍTICA Y LA POESÍA EN ESPAÑA

I

UNA de las publicaciones extranjeras, entre las de primer orden, que más constante y reflexiva atención consagran á la literatura española contemporánea, es *La Nueva Antología* de Roma. Suele ser el encargado de examinar las novedades que producen nuestros autores, el distinguido poeta y crítico G. A. Cesáreo, muy amigo de convertir en versos italianos, fieles y sonoros, las poesías buenas, medianas y hasta malas que producen nuestros ingenios, y algunos que no lo tienen sino harto menguado. Debo muchas atenciones, y hasta lisonjas, al Sr. Cesáreo, para no pagarle sus buenos servicios en la moneda de

mejor ley, en buenas piezas de lo que por acá llamamos hablar en plata. Es el caso que en su última reseña de la *Literatura española*, el elegante poeta de *Le Occidentali* se ha equivocado de medio á medio al tratar de sus hermanos en Apolo, los *poetas jóvenes* de España. Todo es relativo, como decía nuestro D. Hermógenes; el Sr. Cesáreo cita, por ejemplo, una composición del *joven escritor* D. Eduardo Bustillo, y este simpático y castizo autor de romances, aunque tiene el corazón de un niño, hace más de cincuenta años que lo tiene. Tampoco el Sr. Ferrari es de ayer mañana, y en cuanto á Manuel del Palacio, el mismo crítico italiano tiene que reconocer que es viejo. Pero como en todas partes hay, ó debe haber, por lo visto, poetas jóvenes, el Sr. Cesáreo, después de haber enterado á sus lectores, en crónicas de más atrás, de quiénes son los poetas buenos de España, ahora, porque no se acabe la materia, tiene que hablarles de los demas que nos quedan, y los llama jóvenes, así en montón, por no llamarlos malos. Á Cesáreo le ha pasado ahora lo que hace uno ó dos años á Leo Quesnel, que hablaba en *La Nouvelle Revue* de los novelistas de la nueva generación en España, y entre varios sujetos, desconocidos los más, nombraba á Enrique Pérez Escrich. No es lo peor que estos críticos extranjeros quiten ó pongan años á los autores, sino que

alaben, víctimas del reclamo, lo que por acá, con mejor juicio y más datos, hemos convenido hace tiempo en reputar por nada digno de alabanzas.

Se ha notado que para el poco versado en una lengua extraña, y además hombre de escaso gusto y fragil criterio, los versos leídos en aquel idioma que se entiende sin dominarlo, tienen cierta novedad y dignidad de frase que hasta le disfrazan de cosas de sustancia y miga poética los lugares comunes y las tautologías y *nihilismos*, que en los poetas de su propio idioma no toleraría ni un momento. Pero ya me pesa de haber recordado esta observación, porque no viene á cuento. No puede ser este el caso, pues que Cesáreo es hombre de gusto, y sobre todo de erudición y juicio sano, y además entiende muy bien nuestra lengua; No; no puede ser la causa de sus desaciertos al juzgar á nuestros poetas *jóvenes* (léase *medianos*, por lo menos), la que pudiera originarse en lo que dejo apuntado. Menos que Cesáreo valgo y entiendo yo; menos sé de su idioma que él del mio, y sin embargo, no comulgo con ruedas de molino cuando leo algunos versos vulgares que de Italia suelo recibir; y no me dejo engañar por las sonoras cascadas de italiano en versos bien medidos, ni por las metáforas de prendería, ni siquiera por aquel barniz de clasicismo y sabio modernismo que no suele faltar en los poetas medianos de los

bienaventurados países donde la segunda enseñanza es un hecho; quiero decir, que es en efecto una enseñanza. Con lo que se puede aprender en las cátedras de retórica de los gimnasios y liceos, en punto á mitología y otras antigüedades clásicas, y á poco que se añada la malicia de escribir los nombres de los dioses griegos y de los héroes como se escriben en griego, hay bastante para dar cierto tinte de poesía filológica á lo que se hace, y embobar á los incautos. Pues bien: ni por esas me he dejado yo engañar por los poetas chirles de allende el Mediterráneo ó de allende los Pirineos. ¿Cómo suponer que engañen al Sr. Cesáreo nuestros versificadores, que ni siquiera son bachilleres, ó lo son de mala manera? Renuncio, pues, á investigar la causa de la benevolencia intempestiva é inesperada con que el crítico y distinguido poeta italiano juzga á nuestras medianías poéticas, y paso á tratar el mismo asunto desde un punto de vista más elevado, como se dice, y del todo impersonal. La reseña del Sr. Cesáreo me ha sugerido esta parte de mi revista; pero conste que aquí dejo todo lo que se refiere á ese señor, y en adelante no va con él, ni con alma nacida, nada de cuanto tengo que decir acerca del asunto.

II

El cual ya va picando en historia, aquí, entre nosotros, como punto de *derecho literario* puramente nacional. La costumbre que tenemos varios revisteros de tratar en broma el fastidioso prurito de la poesía enclenque y manida que nos suministran muchos vates del país, ha hecho creer á ciertas personas que no tenemos argumentos serios en que apoyar esta patriótica protesta contra la vulgaridad y la tontería expuestas en octava rima y en otras artificiosas combinaciones de arte mayor y menor. Y la verdad es, que lo único serio es tomar á risa la pretensión de que se admita por poeta á todo el que se empeñe en serlo y cuente con algunos años de servicio. Para ciertos críticos benévolos, parece que no hay en esto de la fama poética más criterio que el de la escala cerrada, que tanto ha dado que decir en las cuestiones militares. Un señor empieza á escribir versos; se los alaban los amigos; insiste él en escribirlos, pasan años, y ya ha adquirido una *respectabilidad* poética, y es *irreverencia* negársela: ha ingresado en el escalafón, y allí se le consagran todos los *gradus ad Parnassum* que el tiempo le va poniendo debajo de los pies.

Varias teorías **se** han inventado, todas peregrinas, para defender la causa de los malos poetas. La primera que **hoy** quiero examinar, consiste en hacer hincapié en **el** antiguo refrán, ó lo que sea, que dice: «sobre **gustos** no hay disputas»; olvidando el otro, según **el** cual «hay gustos que merecen palos». Ya Kant **resolvió** ó pretendió resolver la *antinomia* que **existe** en ambas afirmaciones; y es claro que, de **proclamar** la verdad absoluta de lo que se quiere **deducir** del primer aforismo popular, no hay crítica **ni** estética posibles.

No se puede **pasar** por lo que proponen ciertos amigables **componedores**, arreglando la discordia crítica de esta **manera**: «Todos tienen razón; como no hay una **medida** para los poetas, como un poeta entero no es la **diezmillonésima** parte del cuadrante del **meridiano** terrestre, no se puede resolver quién es poeta **y** quién no: todos tienen razón; los que admiten **pocos** hijos de Apolo, la tienen á su modo, desde el **punto** de vista elevado en que se colocan: los que sostienen que bien tendremos sus veinticinco ó **treinta** poetas, tampoco se equivocan, y aun llegaremos á tener cuarenta y nueve, uno para cada **provincia**, prescindiendo de Ultramar, donde tampoco faltan.» Con este sistema se puede dejar contentos á muchos; pero se niega por completo el **fundamento** racional de la crítica. «Es cuestión de **gusto**.» Sí, señores, justamente

eso: cuestión de gusto. Pero la diferencia está en que unos lo tienen y otros no lo tienen. «Eso es querer imponerse.» Pues es claro; es querer imponer racionalmente lo que se tiene por verdadero. Cuando un filósofo expone su idea, que juzga verdadera y cierta, se sobrentiende que su pretensión es esta: «Los que quieran pensar bien, deben pensar como yo.» ¿Es que quiere imponerse? No. Lo absurdo sería decir: «Yo pienso así; pero es porque quiero: lo que yo digo es verdad..., para mí. Ustedes pueden pensar lo contrario... y también será verdad.» Ó sobra la crítica, ó la crítica no puede hacer consistir su modestia en dar como una preocupación individual, aprensión subjetiva, las afirmaciones que le dictan el juicio y el gusto.

Algunos poetas de los que yo tengo por malos han oído algunas campanadas, pocas, en este asunto de la crítica moderna, y aprovechando la ocasión de meterse á críticos interinos... han negado la existencia de su *natural enemigo* (según ellos), de la crítica misma. Y hasta han llegado á citar escritores extranjeros, raro fenómeno en nuestros *castizos* y patrióticos versificadores, que son, con monótona unanimidad, muy *chauvinistes*, por ser esta cualidad una de las más eficaces en el gran sistema de reclamos que utilizan.

Ante todo, es irracional y vulgar, y ridículo y cursi, creer en ese poder constantemente revolu-

cionario, del progreso intelectual y en la superioridad desmesurada y desproporcionada de cada momento de ese progreso con relación á los anteriores. La crítica de hoy no puede ser diferente de la crítica de hace veinte años... hasta el punto de ser en lo esencial otra cosa. La crítica de hace veinte, diez años, como la crítica de siempre, sirvió para juzgar; y para eso sirve la crítica de ahora, sea como sea. Tiene gracia que nieguen esto, repitiendo doctrinas cuya trascendencia ignoran, los que en verso y en prosa pasan la vida reconociéndose fieles idealistas y espiritualistas, partidarios de una metafísica real, histórica, tradicional. Si hay esa metafísica; si hay esas jerarquías ideales; si el mundo es un verdadero *cosmos*, un orden, ¿cómo no ha de haber crítica? Con tres ó cuatro deducciones basta para llegar desde la afirmación metafísica primera, en que todos esos *vates patrióticos é idealistas* convienen, á la necesidad de la existencia de una crítica, según su concepto ordinario. No lo negará ningún estético de los clásicos de las escuelas tradicionales, ni tampoco quien haya leído un poco de filosofía. Si hay quien niega por ahí fuera la crítica, no es por dar gusto á los creadores de ripios españoles, que no quieren que se les someta á las más rudimentarias operaciones aritméticas; si se niega la crítica por esos mundos, es porque muchos han vuelto á los tiempos de Pro-

tágoras, y porque otros muchos entienden mal las geniales pero muy elevadas doctrinas de quien, como Renan y otros pensadores, profesan un *dilettantismo* ó *dialoguismo* filosófico que no es compatible con los exclusivismos y los dogmatismos cerrados de limitados horizontes. Al positivismo estético, superficial y presuntuoso, invasor y por completo ajeno al arte, que quiso, apoderándose de la peor parte de la doctrina de Taine y de los adelantos de la ciencia, imponernos una estética de boticarios, una casuística grosera, digna del mismísimo Mr. Homais, género de filosofía del arte que no estará mal representado por el popular y vulgarísimo manual de Eugenio Veron, sucedieron ciertos anarquismos y ciertas irreverencias algo más elegantes, y de estas doctrinas mezcladas, de esta confusión é hipertrofia de individualismo doctrinal, procede este superficial escepticismo estético que en Francia es ya una moda gastada, y que entre nosotros empiezan á comprender, y mal, algunos poetas medianos ó malos del todo.

Con estas exageraciones del pseudo-dilettantismo crítico, de la crítica de sugestión, de la crítica subjetiva, de la crítica pintoresca y de la crítica impresionista, es claro que vinieron también reformas y tendencias saludables. Es verdad que ya hoy no puede ser el *tipo* del buen crítico un Ville-

main, ni un Gustavo Planche, ni siquiera un Sainte-Beuve (si bien en éste todavía hay mucho que es de *actualidad* en el modo de entender la crítica); pero también es cierto que la crítica propiamente literaria, la que *juza*, la que empieza á ser despreciada por la llamada *crítica científica*, lejos de morir, revive, se transforma, se extiende y llega á ser preocupación muy seria de los mismos ingenios creadores, y de los filósofos, y de los sociólogos, y de cuantos tienen, por un concepto ó por otro, que atender á la vida del arte. Hoy se reconoce que la crítica que parece iniciada por Taine, la crítica científica, es insuficiente, es ajena, en rigor, al asunto directo artístico. Yo confieso que cuando leía la discreta pero débil refutación parcial que opone Paul Bourget á las lamentaciones de Caro y á las paradojas que acerca de la desaparición de la crítica escribió Barbey d'Aureville en *Les Ridicules du temps*, sentía cierta angustia intelectual al ver al discretísimo crítico novelista combatir en general la crítica *juicio*, en vez de limitarse, como parecía ser su intención, á condenar el *juicio* limitado, el juicio estrecho y exclusivo. El *descubrimiento*, si lo fué, de la moderna ciencia estética, de la variedad de medios, razas, tiempos, ideales, temperamentos, etc., dando variedad de bases para el juicio, no supone la negación de ese juicio mismo; ni más ni menos que no es la negación

ción del *Derecho natural* en sí el descubrimiento de que no hay en *parte alguna*, en *tiempo alguno*, un *derecho natural*, abstracto, á distinción y en oposición á los *derechos positivos*.

Es evidente que la crítica moderna tiene en cuenta los elementos científicos, suponiéndolos tales, de que Taine fué el principal sostenedor; pero ni la crítica de Taine, repito, basta para llegar á la verdadera crítica de arte, ni tampoco bastan, aunque han de tenerse en cuenta, esas otras atribuciones que le conceden al crítico la conocida imagen de Sainte-Beuve, la del paisaje reflejado en el río, y las amables simpatías y fecundas sugerencias y sabias *psicologías* del mismo Bourget. La crítica moderna, con ser todo eso, ha de ser algo más, ha de ser lo que en ella fué siempre esencial: un *juicio de estética*. Son más hermosas y algo más serias de lo que piensa M. Morice las *boutades* de Julio Lemaître; hay fecunda enseñanza en su gracioso desorden, en la espontaneidad de su crítica *inspirada*, genial é impresionista; pero hace bien un crítico muy serio, prudente y profundo, en señalar la insuficiencia de este modo, que, como Lemaître, no da explicaciones, puede parecer, y ha parecido á muchos, la proclamación del escepticismo estético, del sistema sofisticado del juicio de arte. Si con las tendencias y procedimientos de Lemaître huimos demasiado del orden

científico, de la crítica exacta, con los nuevos pruritos científicos de Hennequin, el malogrado pensador, y de sus admiradores é imitadores, volvemos á las andadas, á la confusión de dos cosas diferentes, á la idea de que Taine y su manera pueden satisfacer á la crítica literaria. No, y mil veces no. Al lado de la *Historia de la literatura inglesa* de Taine se podría escribir otra que, siguiendo uno á uno á los mismos autores, y hablando de muchas de aquellas obras, fuese un libro casi por completo nuevo por su asunto: la verdadera historia literaria crítica, *técnica*, de Inglaterra; la historia para los literatos, es decir, para los artistas. Con las tendencias de Hennequin, que miro renovadas en el final del libro de M. Ch. Morice, *La littérature de tout à l'heure*, al ver proclamado al autor de *La crítica científica* como *único* crítico de la novísima literatura francesa; con esas tendencias á quitarle al arte, y con él á su crítica *inmediata*, su fin directo, su verdadera sustantividad, se caerá cien y cien veces en la profanación y en el extremo de que ya se quejaba Flaubert en sus *Cartas*, con tanta razón y tanta elocuencia.—Lo confieso: he sentido una satisfacción de amor propio al ver en una obra reciente de M. Guyau, *L'Art au point de vue sociologique* (1), libro póstumo, que el malo-

(1) Félix Alcan, éditeur, 1889.

grado filósofo y crítico coincidía con mis humildes apreciaciones respecto de la naturaleza del género literario de que se trata, que él rectificaba también, y en el mismo sentido en que lo hacía mi pensamiento, una y otra teoría de las modernísimas, que, aunque añaden mucho y bueno á la *misión* de la crítica, llegan, por exageraciones y exclusivismos, á prescindir de lo que en ella es esencial, y á confundirla con estudios paralelos, análogos, pero jamás idénticos. Y creció mi natural complacencia al notar que M. Guyau fortificaba su opinión con el mismo autor y con el mismo texto, absolutamente, precisamente el mismo, con que yo me había alentado á mí propio á insistir en mis ideas sobre el particular. En efecto: después de decir por su cuenta M. Guyau (obra citada, cap. III, pág. 46 y siguientes) que la crítica á lo Taine está hoy bien, pero no basta; que además del estudio *histórico* del autor y del *medio*, se necesita la *última diferencia*, el estudio de la obra misma, lo que hay de irreductible en el genio manifestado en ella, su orden interior y su vida propia (1), copia las siguientes palabras de una carta de Flaubert, que

(1) Hablando de M. Hennequin, dice Guyau en la nota de esta pág. 47: «En mi opinión, se equivoca creyendo que la crítica debe limitarse á explicar una obra, y no debe juzgarla. Sin ser *absoluto*, el juicio teórico es posible y constituye la verdadera crítica.»

yo tenía ya apuntadas como epígrafe de cierto modesto estudio; palabras que vienen á ser paráfrasis de otras muchas análogas afirmaciones y declamaciones del ilustre corresponsal de Jorge Sand, de las cuales he tenido ocasión de hablar en muchos de mis artículos, porque, á mi juicio, hay que volver siempre á la idea de Flaubert, que es la segura en este asunto. «Me habláis, dice el autor de *Salammbô*, de la crítica en vuestra última carta, diciéndome que desaparecerá antes de poco. Yo creo, por el contrario, que, á todo lo más, ahora empieza su aurora. No se ha hecho más que tomar á contrapelo la crítica precedente. En tiempo de La Harpe se era gramático; en tiempo de Sainte-Beuve y de Taine se es historiador. ¿Cuándo se será artista, nada más que artista, pero bien artista? ¿Conoce usted alguna crítica que se interese por la obra *en sí* de una manera intensa? Se analiza muy sutilmente el medio en que se ha producido, y las causas que la han traído; ¿pero su composición? ¿su estilo? ¿el punto de vista del autor? Jamás. Para esta clase de crítica haría falta una gran imaginación y una gran bondad (esta bondad de Flaubert no tiene nada que ver con la *benevolencia* de ciertos críticos para lo mediano y lo malo; género de debilidad que Flaubert maldice en otra carta); quiero decir, una facultad de entusiasmo siempre dispuesta á mostrarse, y además *gusto*, cualidad

rara (¡y tan rara!) aun en los mejores, tanto, que ni siquiera se habla ya de ella.»

Ya ven nuestros poetas mediocres que su alegría, al oír las campanas que tocan á rebato contra la crítica, debe volverse al fondo de las entrañas y convertirse en desencanto. No muere la crítica, la crítica que juzga, que es toda bondad, entusiasmo para penetrar en el alma de las grandes obras, lo cual es también *juzgarlas*, pues tan juicio es un elogio como una condena, pero que, por ley del *gusto*, al tratar de la producción baladí de los poetastros, tiene que ser severa, segura de que acierta en esto, y no puede admitir que se confunda, aprovechándolo, el estado de aparente anarquía de las convicciones filosóficas actuales con la cuestión exclusivamente de *sentido estético*; el cual, en el hombre de gusto, puede hoy, como siempre, hablar con claridad y fijeza y rechazar lo feo, cierto de que lo es; como está cierto, el que siente una quemadura, del dolor que experimenta, sea lo que quiera de las teorías del calor y del frío, sean lo que quieran el *noumeno* y el fenómeno.

Ya ven también nuestros críticos benévolos que no cabe aprovechar la *bonhomie* de la crítica contemporánea en otros países, ni los diletantismos, dandysmos y demás suavidades y elegancias extranjeras, para cohonestar los productos del ingenio canijo y desmedrado, ni para envolver en un